

—¡Pero es posible que tengais ojos y no veais! ¿no habeis nunca asistido á San Francisco ó á la casa de Tlatelolco? ¿Quién fuerza á tantos y tantos indios como allí se juntan para venir á escuchar la divina palabra, pedir el bautismo, quebrar los ídolos delante de los frailes y mostrarse contentos de conocer la verdadera religion? ¿Por qué traen sus hijos al templo de Dios á que se eduquen?

—Perdonad; reparo que habeis tomado muy á pechos la defensa de los indios, y que usurpais sus fueros al obispo de Chiapas, á ese Cassaus ó Las Casas, ó llámese como se quiera....

—Y noto yo que envolveis en vuestro injusto menosprecio no solo á los indios y sus protectores los frailes, mas tambien á un varon tan eminente como el que acabais de nombrar, y bueno será daros á entender que, á fe de caballero, conceptúo vuestro sentir en esta parte harto infundado, y muy lejos de lo que fuera de esperarse de un buen castellano.

—¡Ni vos ni nadie serán capaces de medir toda la grandeza del mal que ese obispo iluso nos ha causado y que redundará en perjuicio de los intereses de la corona.

—Los vuestros son los que os ponen una venda en los ojos, que os defiende ver las cosas como en sí son, ¡y voto á Dios que el buen obispo saldrá con la suya mal que pese á la codicia! Su raro ingenio y los quilates de su virtud le grangearán amigos en la corte, que serán ahora y mas adelante celosos patronos de la causa de los naturales. Mas perdonad. . . no es en mi mano refrenarme cuando se trata de levantar la voz en pro del que padece.

—Sufrá el yugo quien se ha hecho merecedor de llevarle en la cerviz. Sírvanos de algo la nueva tierra, que harto padecemos tambien en conquistarla.

—No siente como vos el Sr. Marques del Valle que aunque (acá para los dos) deslustró su blason con algunos hechos crueles durante la conquista, despues se ha mostrado y muestra muy humano con los pobres vencidos, y él pidió á S. M. los frailes para que los sostengan y amparen.

—¡Y torna á los frailes!

—Y algo mas os hablara de todos, si no se acercara ya uno en quien se encierran y acrisolan las perfecciones de muchos: allá viene Fr. Pedro; ved la gente cuál se agita: ¡qué victoria! ¿no os da envidia?

Y en efecto, un inmenso concurso se adelanta por las calles que parten de la garita de San Lázaro.

No es una procesion: es un tumulto, pero un tumulto suscitado por generoso entusiasmo, por el amor, por el agradecimiento.

Las notas de la música vagan por los aires como los acentos mágicos de la alegría.

El semblante de los indios, habitualmente grave y melancólico, se ve animado de un gozo purísimo; sus ojos brillan con el delirio de la dicha.

Mas ¿quiéu camina ensalzado en medio del gentío?

Es un anciano, en cuyas sienes venerables se ostenta una magnífica guirnalda de rosas; es un héroe modesto que va sostenido en los hombros de aquellos á quienes hizo bien, y en medio del triunfo mas espléndido y mas desinteresado que han presenciado los montes de Anáhuac; es el padre de los desgraciados, el insigne Fr. Pedro de Gante!

Espárcense flores en su camino; vistosas danzas le preceden, y en medio de una muchedumbre atónita de admiracion ó exaltada por un júbilo febril, llega á los umbrales del convento de San Francisco, donde le reciben sus hermanos.

El sol desde el zenit contempla con faz radiante y magestuosa el espectáculo.

## VI.

Digamos dos palabras acerca de la vida del hombre que era objeto de un recibimiento tan suntuoso.

Fue hijo de Flandes, nativo de la ciudad de Igüen, en la provincia de Budarda. Tomó en su juventud el hábito de San Francisco en el convento de Gante, segun se puede conjeturar. Su estremada humildad le impidió aspirar al sacerdocio, y contentóse con ser siempre lego, aunque le sobraban méritos para figurar en los mas altos puestos y dignidades de la órden.

Fue, como ya hemos dicho, de los primeros franciscanos que

vinieron á nuestro país recién hecha la conquista, emprendiendo su viaje en compañía de los padres fray Juan de Aora, hermano del rey de Escocia, y de fray Juan de Tecto, su mismo guardian en el espresado convento y catedrático de teología que había sido en París.

Consagróse desde luego á sus apostólicas labores, enseñando á los naturales, juntamente con los principios civilizadores del cristianismo, las artes y los ramos todos del saber que forman la cultura de las sociedades. El primer teatro de sus virtudes y talento fue Texcoco.

De allí, y cuando hubo de asociarse á los doce misioneros que vinieron en 1524, pasó á Méjico, donde hizo construir la capilla de San José, á espaldas de la primera iglesia de San Francisco el grande; y en el gusto por edificar sobresalió tanto, que á él se deben mas de cien iglesias de esta ciudad y los alrededores, siendo entre otras, segun se cree, las de San Antonio de las Huertas, Santa María, Salto del Agua, Popotla, Tacuba y San Bartolo.

Asimismo puso él los cimientos del actual colegio de San Juan de Letran, que segun su institucion primitiva era escuela de niños nobles, hijos de los señores del imperio mejicano, á quienes el venerable Gante aleccionaba en los ejercicios artísticos y literarios ya dichos, cuidando á un tiempo de su cristiana educacion, y de asegurarles en la vida la felicidad que proporciona una subsistencia honrosamente adquirida por la industria y el trabajo. En esa escuela, que á la sazón era el santuario de las artes entre nosotros, se hicieron las primeras imágenes y retablos para las iglesias de toda la República.

Con no menos empeño procuró saber la lengua mejicana, y consiguió su objeto tan cumplidamente, que á pesar de ser tartamudo conversaba en ella con los naturales como si la hubiera ejercitado desde sus primeros años, no siendo este el menor de los motivos porque tanto le querian. Cuando no había sacerdote que la supiese, él hacia sus veces con fruto en la predicacion. Compuso en la propia lengua un tratado de la doctrina cristiana muy estenso. Vetancurt afirma que Fr. Pedro la tradujo en mejicano y que á los dos años la tenia ya impresa en Amberes, cuya edicion pone en duda con buenos fundamentos nuestro docto anticuario, D. José Fernando Ramirez, segun lo espresa en una nota que acompaña á su curiosa obra titula-

da: *Noticias de la vida y escritos de fray Toribio de Benavente, ó Motolinia.*

Tales méritos, prendas tan raras y estimables, era imposible que no le grangearan el amor de todos y en especial de los mejicanos, siendo muy notable sobre este particular un pasage del artículo que el Sr. Dávila consagró á nuestro héroe en el Diccionario de Historia y Geografía ya citado. Helo aquí:

“Fue muy querido este varon de Dios de toda nuestra nacion y en todo el discurso de su vida, como se vió con multiplicados y repetidos ejemplos. Porque siendo fraile lego y habiendo otros religiosos sacerdotes, grandes siervos de Dios, y prelados de la órden, que los confesaban y predicaban, solo conocian á fray Pedro de Gante por particular padre, y á él acudian en todos sus negocios, trabajos y necesidades; y así dependian de él principalmente los gobernadores de las parcialidades de indios de esta ciudad y los de su comarca, en lo espiritual y eclesiástico, que solia decir el segundo arzobispo D. Fr. Alonso de Montúfar, de la órden de predicadores, como refiere el P. Torquemada:—Yo no soy arzobispo de Méjico, sino fray Pedro de Gante, lego de San Francisco.—Y á la verdad, aunque no lo era, lo pudiera haber sido antes en la vacante, por muerte de su venerable antecesor, D. Fr. Juan de Zumárraga, si este bendito y humilde lego hubiera querido ordenarse de sacerdote; porque el emperador Cárlos V., como era de su patria y tenia entera noticia de su apostólica vida y veneracion de su persona, lo estimaba en mucho, y lo convidò con el arzobispado de Méjico; pero el religioso varon, huyendo esta elevada dignidad, escogió permanecer en su estado humilde de lego. Viniéronle en distintas veces tres licéncias, sin procurarlas él ni saber de ellas, para ordenarse sacerdote. La primera del Papa Paulo III, la segunda del capítulo general celebrado en Roma, siendo generalísimo de la órden fray Vicente Lunel, y la tercera, de un nuncio apostólico, que estuvo en la corte de Cárlos V, que seria por ventura á solicitud del mismo emperador, que, como queda dicho, lo queria hacer arzobispo, y tomaria este medio para ejecutar mejor su intento; mas todo esto desechó el verdadero siervo de Jesucristo, queriendo antes permanecer y quedar en su humilde y primera vocacion, con que fué llamado de Dios al estado monástico.”

Quizá esta afición señalada, quizá este empeño de parte

de Carlos V en colmarle de favores, ha dado visos de probabilidad á la sospecha de algunos que le han supuesto hijo natural del emperador, si bien esta parece corroborada con las palabras de Vetancurt, cuando refiriéndose al monarca, le llama *su muy cercano pariente*.

Sin envolvernos en investigaciones de tan poco momento, señalemos ya el motivo que le tuvo por algun tiempo fuera de la capital, su ordinaria residencia.

Como á todo varon eminente, no le faltaron émulos y enemigos que le suscitaban persecuciones, porque, dice bien el citado cronista, "los que sirven más suelen estimarse menos, y son mas arresgados á la calumnia, ó ya con celos indiscretos de los que persiguen, ó ya por falsos testimonios que les levantan." No se sabe á punto fijo la absurda especie que sirvió de cimiento á la calumnia, ni por quién fue ideada, pero sí es seguro que nuestro Fr. Pedro fue víctima de las intrigas de algun mal queriente que le atribuía faltas que no habia cometido y que tal hubo de ser la causa, ó pretesto para que los superiores le obligasen á irse á morar en el convento de Tlaxcala, en donde siempre sostenido por el espíritu que le animó desde sus primeros pasos en la carrera apostólica, siguió doctrinando y civilizando á los naturales con la paciencia y tolerancia que le distinguian, y sin que se alterase en nada el carácter jovial que le hacia tan amable y buscado de todos.

Pero el triunfo de la calumnia fue de poca duracion, y la verdad dió á conocer la inocencia del virtuoso fraile, disipando las nieblas de la intriga; arrepíentense los superiores del injusto destierro á que le condenaron; llámanle á Méjico, á donde su presencia era la dicha, su persona un objeto idolatrado, y vuelve en efecto sin rencor, sin animadversion para con nadie, ángel de paz, lleno de amor y de ternura, haciendo su entrada, modestamente alegre con sus amigos, en brazos de estos y con la pompa sin rival que se ha descrito.

## VII.

¿Por qué es inevitable la ley de destruccion? ¿por qué todo está sujeto á fenecer en este mundo?

Si algun argumento formidable tienen contra sí los partida-

rios del optimismo es esta triste necesidad de la muerte, *necessitas leti*, que aunque á veces se acepta como una dicha, pesa tambien sobre séres cuya existencia debia durar eternamente para beneficio de la humanidad. Acabe el mal, desaparezca de la tierra; pero ¿cómo es que el bien, la ciencia, la virtud se abisman igualmente en las lóbregas profundidades del sepulcro!.....

Al recorrer el libro de la vida de nuestro héroe, no hemos hallado hasta aquí sino motivos de agrado y bendiciones; mas tiempo es ya de leer la última página, la página sombría.

Amaneció un dia aciago en que una voz de dolor circuló por la ciudad y pueblos comarcanos:—¡El siervo de Dios ha muerto!

Todos se conmueven á este anuncio.

Los lúgubres acentos de las campanas se difunden por el aire, como los gemidos de todo un pueblo que queda en la orfandad.

La gente se apiña en el cementerio del convento; agólpase á las puertas, y quiere á toda costa bañar con su llanto los restos ya frios é inanimados del varon ilustre.

Los naturales vienen de muchas leguas á la redonda á imprimir sus labios en la mano que en otro tiempo les enseñó las artes, y que jamás se abrió sino para derramar beneficios á los pobres y acariciar á la inocencia. Vienen á tributar el último homenaje de su reconocimiento al padre, al amigo que acaban de perder.

Mas si el duelo se pinta en los semblantes, si todos los vestidos son luto, el aspecto del venerable religioso dista mucho de infundir tristeza: posa en su frente una claridad divina, una amable sonrisa espresan sus labios, y tiene los ojos cerrados apaciblemente. Parece un niño dormido. . . .

Las flores que cubren los bordes del ataúd, las que alfombran la estancia, ofrecen esmaltados colores á la vista, esparciendo suavísima fragancia en el ambiente.

Llega despues la hora de las exéquias, que se celebran con una solemnidad, con una magnificencia que no se ven iguales en el funeral de los reyes. Todo en ellas lo desempeña la mas pura amistad y el mas profundo reconocimiento.

Los naturales se empeñan en poseer el cuerpo venerable para darle sepultura en su iglesia favorita de San José, y así se ejecuta. Cada una de las parcialidades de esta ciudad le tributan fúnebre homenaje, y el duelo dura por muchos dias.

## VIII.

El aniversario fue tan solemne como el entierro, manifestando los naturales el día en que se verificó, que la memoria del bienhechor y del amigo no se había evaporado de su corazón.

Fr. Pedro de Gante es uno de esos caracteres amables que viven siempre en la gratitud del humano linaje, y á quienes consagra la historia sus páginas mas hermosas; es imposible negarle este tributo que nace espontáneamente del alma seducida por una virtud que, aunque en realidad severa, solo tiene para el hombre sonrisas y agasajos.

¿En dónde es ignorado el nombre del lego artista, que ocupado incesantemente en ilustrar á los indios, tenia una mano para el silabario y la otra para algun instrumento perteneciente á oficios mecánicos? Pocos son los conventos y aun parroquias de las que administraban antes los franciscanos, en que no se conserve su retrato como un precioso tesoro.

El que damos nosotros á luz está copiado del que se halla en el colegio de San Juan de Letran, y, segun fama, es uno de los mejores que hay en la República. La vista sola de ese retrato da una sinópsis de la vida y méritos del buen lego, y ella sola tambien, mejor que todo cuanto pudiera escribirse, constituye su mas cumplida alabanza.

## VIII.

LITERATOS.—MOTOLINÍA.

Ya hemos seguido á la religion seráfica en los primeros pasos que dió por la senda de la conversion de los naturales al cristianismo; y antes de apartarnos de aquel período de lozana juventud, réstanos considerarla en sus relaciones con la esfera literaria, en la cual brillaron como astros algunos de sus hijos.



EL V. FR. PEDRO DE GANTE.